

El período de gestación de la coneja es de treinta á treinta y un días, lo mismo que el de la liebre: la hembra se aparea apenas ha dado á luz sus hijuelos, y tiene también una numerosa progenie en un solo año.»

La coneja no se limita á depositar sus hijuelos al pie de un matorral ó de una mata, como lo hace la liebre, sino que forma una madriguera expresamente para ellos. Algunos días antes de parir practica en tierra un agujero de unos tres pies de profundidad, recto algunas veces y más ó menos recodado otras; pero siempre oblicuo hacia abajo. El fondo está ensanchado, es circular y se halla guarnecido de una capa de yerbas secas, encima de la cual hay otra de pelos cortos, que la hembra se arranca del vientre.

Sobre aquella blanda cama deposita á sus hijuelos, cuyo número varía de cuatro á ocho; y, después de parir y de haber dado de mamar por primera vez á su progenie, la coneja abandona el nido, cuidando de tapar la entrada. Al efecto amontona una gran parte del material extraído, y cuando queda obstruida la abertura apisona la tierra con sus pies y se revuelca por encima. Mientras que los pequeños tienen los párpados unidos, queda completamente cerrada la abertura, pero cuando comienzan á ver practica la madre un pequeño agujero, que agranda cada vez más á medida que los hijuelos van cobrando fuerza. La hembra los amamanta por espacio de veinte días, sobre poco más ó menos. No se sabe aún á qué hora se reúne con sus hijuelos: lo cierto es que no los visita en todo el día, y se supone que no penetra en el nido sino por la mañana, muy temprano.

Se ha creído que la hembra no ocultaba de este modo su progenie sino para librarla del furor del macho; pero esto es un error, puesto que éste le profesa tanto cariño como su compañera. Cuando los pequeños salen de su nido, los reconoce, los coge entre sus patas, les lame los ojos, les alisa el pelo, y en unión con la hembra les enseña á buscar su alimento, prodigando á todos sus caricias por igual. Hasta se dice que sus relaciones con ellos se prolongan más allá de la primera edad, y que á su vez aprenden los conejitos á conocer al macho, sin dejar nunca de manifestar una especie de deferencia y de respeto á su autoridad paternal y á su edad.

Hé aquí lo que escribía á Buffón, sobre el particular, un caballero vecino suyo:

«La paternidad es una cosa muy respetada entre estos animales, y lo creo así al observar la deferencia que todos mis conejos han tenido con su primer padre, al que me era fácil reconocer por su blancura, y

por ser el único macho que he conservado de este color. Por mucho que aumentase la familia, los que llegaban á ser padres á su vez, seguían respetándole siempre. Cuando peleaban, ya por disputarse el alimento, ó bien por las hembras, el abuelo, que oía ruido, acudía presuroso, y al verle restablecíase el orden. Si atrapaba á varios conejos luchando, separábalos al punto, castigando en el acto á uno de ellos.»

Si nuestro padre común, Adán, volviese al mundo, no es de creer encontrara hijos tan sumisos, ni bastaría su sola presencia para restablecer la calma.

«La fecundidad del conejo,—dice Lage de Chaillón,—es muy considerable, pero se ha exagerado singularmente por ciertos naturalistas. Wotten aseguró que de un solo par que se había puesto en una isla resultaron seis mil individuos al cabo del año. Como nosotros no disponemos de isla alguna, no nos ha sido dado repetir el experimento de Wotten: hemos debido contentarnos con hacer un sencillo cálculo sobre el papel, y hé aquí el resultado que obtuvimos. Suponiendo dos conejos, que con su progenie estuviesen al abrigo de toda causa destructora; dando por hecho que producen regularmente todos los meses cuatro hijuelos, que el número de hembras está en razón de dos á uno con el de machos, y que engendran todos al principio del cuarto mes de su existencia; obtenemos un total de 1,848 conejos, lo cual representa, al cabo del año, una posteridad bastante considerable.»

Pennant ha calculado también cuál es la progenie de un par de conejos. Si se admite que una hembra tiene siete partos al año, de ocho hijuelos en cada uno, esta progenie podrá llegar en cuatro años á la cifra de 1.274.840 individuos. Los hijuelos nacen con los ojos cerrados, y no comienzan á ver hasta el noveno ó décimo día.

Los conejos jóvenes son aptos para la reproducción á los cinco meses en los países cálidos, y á los ocho en los más fríos; pero no son completamente adultos hasta la edad de un año.

Se ha dicho varias veces que los conejos podían cruzarse con otros roedores; mas el hecho no está completamente demostrado.

Los conejos de campo observan el mismo régimen que las liebres, aunque ocasionan muchos más daños, principalmente royendo las cortezas de los árboles. No es fácil figurarse cuánto pueden destruir en un punto dado si se tiene en cuenta su fecundidad.

«El conejo,—dice Lage,—es para los cultivadores un huésped más molesto aún que la liebre. Ésta paca cuando anda; corta aquí ó allá alguna espiga ó un tallo de

trébol; muerde una remolacha y continúa su camino, de tal modo, que las huellas de su paso no aparecen nunca muy distintas. El conejo es esencialmente sedentario: como verdadero campesino, no se aleja nunca de sus lares, pernocta en los campos, y no sale de allí en tanto que el alimento sea abundante. Desperdicia tanto como come; salta, retoza y se revuelca sobre el verde tapiz de cereales, que ya no excitarán su apetito después de aplastarlos con el peso de su cuerpo. El animal se recrea en un espacio de varios centenares de

metros: todos los conejos de un bosque se reúnen la mayor parte del tiempo en un mismo sitio, y por lo tanto se comprenderá el destrozo que causan.»

Por sus costumbres turbulentas ahuyentan á los otros animales: nunca se encuentran liebres donde se hallan los conejos en gran número, y es probable que este antagonismo resulte más bien de la desemejanza en el carácter y costumbres de dichos animales, en su estado salvaje, que de una enemistad difícil de explicarse.



Caza á la carrera

En los sitios donde se creen seguros son muy atrevidos los conejos: en el Prater (Viena), se ven miles de individuos que corren hasta en pleno día, sin inquietarse ni por los gritos ni por las piedras que les tiran.

### III

En todas partes se persigue á los conejos salvajes, y se les da muerte siempre que se puede, aunque sea tiempo de veda; mas no se consigue exterminarlos sin auxilio del hurón. Sólo cuando en un punto se multiplican los vesos, las comadrejas, las martas, los buhos y los gatos monteses, se observa que disminuye el número de dichos roedores. Las martas los persiguen hasta en sus madrigueras, y los buhos caen sobre ellos de noche mientras pacen.

En Francia se ha calculado que un conejo, que vale un franco, ocasiona daños por valor de veinte, y algunos propietarios observan que sus tierras pierden la mitad de su valor por los destrozos de este animal. Por lo mismo se les persigue sin compasión, no perdonando medio alguno para librarse de ellos; mas, por mucho que se haga, no se le puede aniquilar de una vez.

«Se caza el conejo,—dice Lage,—con perro de muestra, pachones ó hurón, y también al acecho y en batida. En el mes de setiembre se matan algunos en los campos de remolacha donde se buscan perdices, codornices ó liebres; cosa que agrada siempre á los cazadores, porque es una variación apreciable en el contenido del morral. Semejantes encuentros son frecuentes en los países de arboleda, donde por haber muchos vallados no necesita el animal abrir una madriguera, y asimismo en los alrededores de los bosques, porque en ellos

se destruyen continuamente sus guaridas. Estos conejos no las forman sino accidentalmente, por cuyo motivo se les ha llamado *conejos de monte*; y son más aficionados á la llanura que los otros. En general, debe buscarse á estos animales en los tallares de dos á cinco años: rara vez se les encuentra en los bosques de mucha espesura, sobre todo si no hay claros, pues el conejo es propio de los países del Sol, y parece serle necesaria la luz de este astro. Al comenzar la caza en los tallares es preciso tomar el viento, tanto para facilitar el trabajo al perro como para acercarse más á un animal que no es menos desconfiado que la liebre y está dotado, como ella, de un oído muy fino. Pronto se reconoce si hay conejos en el monte que se recorre; no sólo por los muchas gazaperas, sino también por los árboles despojados de su corteza á la altura de 30 ó 40 centímetros, y asimismo por las camas, especie de escarbaduras que practica el conejo, probablemente con el único fin de ejercitar sus uñas.

La caza del conejo con pachones es bastante divertida, y no son los más cachazudos los peores. Bastan dos para matar tantos conejos cuantos puedan desearse, porque cuando se ven perseguidos por dichos perros no se ocultan tan pronto en sus madrigueras, y se ponen á tiro con tanta más frecuencia cuanto menos les acosa la microscópica trailla. Se sueltan los perros en el primer bosque que se encuentra, y se sitúan los cazadores en los sitios frecuentados por los conejos, poniéndose lo más posible al viento. Lo mejor es ocultarse á cierta distancia de las madrigueras ó sobre ellas.

Si el tallar donde se caza es bastante espeso para interceptar la vista á cierta distancia, se arrodilla el cazador, y puede así abarcar un espacio de unos treinta metros. Es muy esencial no hacer ruido, pues los conejos perseguidos muy despacio por los perros van retozando delante de ellos, deteniéndose para escuchar, y con la desconfianza que les caracteriza cambiarían de dirección si percibiesen algún rumor insólito. Hé aquí porque los cazadores de mucha paciencia, que no abandonan el puesto elegido aunque los animales pasen de un recinto á otro, matarán siempre más conejos, que aquellos que corren por los caminos para tomar la delantera. Para acercarse es preciso elegir el momento en que los perros ladran; pues, acosado entonces de cerca el animal, ó absorto con aquel rumor, no percibe tan fácilmente los otros ruidos. Si se tiene la precaución de cortar la retirada á los conejos tapan-do sus madrigueras un poco después de media noche, es mayor el atractivo de la caza, porque hay fuera

muchos conejos que van y vienen de un lado á otro se suceden los tiros rápidamente, y es mucha la animación.

Cazar al conejo con un perro corredor es tan cómodo y fácil como dificultoso con el de muestra. Ya hemos dicho antes que con los pachones no precipita nunca el animal su carrefa: retoza, se detiene y parece servirle de pasatiempo aquella persecución.

Sin embargo, cuando atraviesa un sendero redobla su velocidad caprichosa, y en tal caso no es torpeza errarle. Varias veces quedó desmentida por este animal la maravillosa destreza del rey Carlos X: acostumbrada la gente de su escolta á contar las piezas por el número de tiros, precipitábanse para cogerlas apenas hacía fuego el monarca, y algunas veces detenía á sus servidores con un gesto diciéndoles: «No hay nada: era un conejo que atravesaba el sendero.»

Si para contener los efectos de la extraordinaria fecundidad de este animal no tuviéramos más auxiliares que los perros y la escopeta, aconsejaría desde luego á mis compatriotas que recogiesen velas y no se tomasen la incomodidad de disputar el campo á esos inquietos roedores; pero felizmente tenemos el hurón. Este animal es el medio más seguro para exterminar conejos.

Para este género de caza es necesario elegir, en cuanto sea posible, la hora en que, por las condiciones de la temperatura, se hallan los conejos reunidos en mayor número en sus madrigueras. También se puede hacer una batida por el bosque con algunos perros corredores para obligarles á refugiarse en sus guaridas. Antes de introducir un hurón en el agujero, es preciso asegurarse de que hay conejos. Se reconoce su presencia por la falta de hojas secas á la entrada, por la tierra removida, por los hoyos que abre el animal, por el excremento que se encuentra en las inmediaciones, y por las huellas que deja en la tierra el pie del conejo. Es preciso andar cautelosamente cuando uno se acerca, hablar en voz baja y hacer el menor ruido posible; pues si por la sonoridad de la tierra comprende el animal que hay algún peligro y que el hombre está sobre su madriguera, puede ser muy tenaz en no salir. Si se caza el conejo con redes, se pone una de ellas en cada boca, teniendo cuidado de que esté bien extendida, para lo cual se aprovechan los accidentes del terreno, ó se clava ligeramente con algunas estaquillas. Si no se tuviesen bastantes redes para cubrir todas las bocas, deben taparse con tierra ó un montón de yerbas y hojas las que parezcan menos frecuentadas; y terminados estos preparativos se introduce el hurón en una madriguera. Si es muy mordedor, convendrá siempre

embozalarle antes de que empiece á trabajar. Esta operación se practica con una cuerda muy flexible y delgada, que se pasa por detrás de los colmillos de la mandíbula inferior, y se fija en ella por medio de un

nudo, reuniendo después los dos extremos en la superior y atándolos en el cuello del hurón, por cuyo medio se mantiene cerrada la boca. El embozalamiento del animal ofrece algunos inconvenientes: en primer



Sin consecuencias

lugar disminuye su ardor, y sucede también á veces que la cuerda se enreda en alguna raíz y el hurón se ahoga, ó muere de una manera más miserable. Creemos que lo mejor es cortarle los colmillos grandes al nivel de las encías.

Con frecuencia se tira á los conejos cuando salen de la madriguera, lo cual se llama huronear al blanco ó con bocas abiertas. No es menos necesario el silencio en esta manera de cazar que en la anterior.

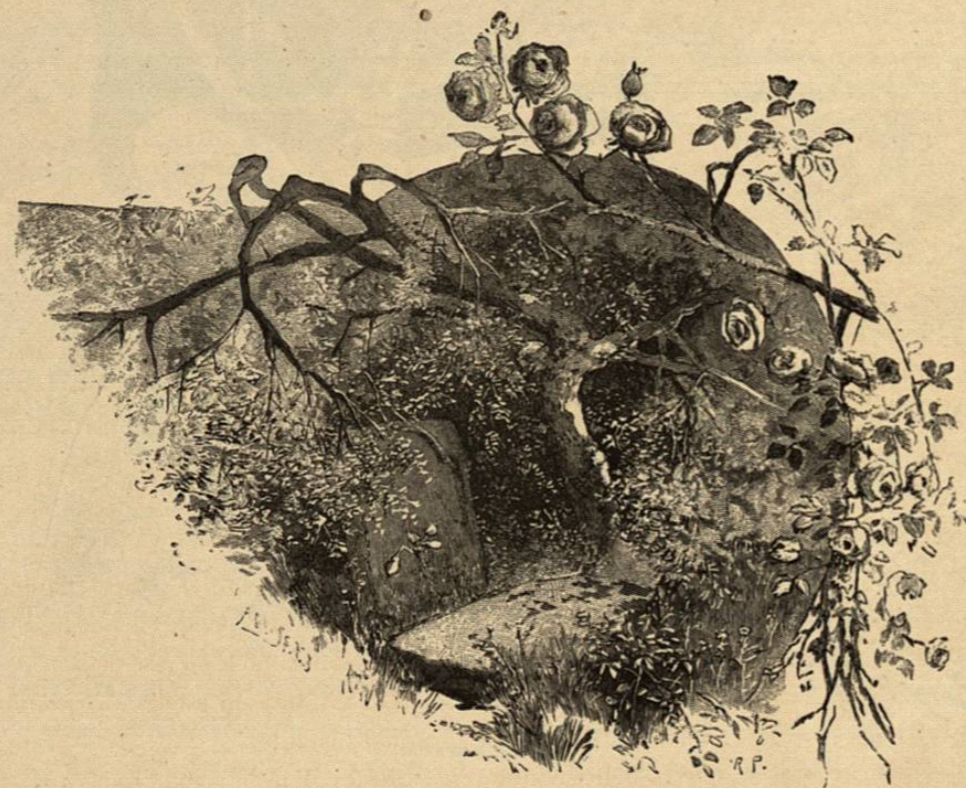
Sitúase uno ó mas cazadores sobre las madrigueras, vueltos de espaldas si son dos ó tres, y siempre de modo

que puedan observar el mayor número de bocas. Algunos momentos después de introducirse el hurón, se oye debajo de la tierra un ruido sordo: son los conejos, que se avisan ó se espantan golpeando con fuerza la tierra con sus patas posteriores. A este rumor sucede bien pronto otro muy característico, el cual indica que hostigados por su adversario recorren los conejos precipitadamente sus galerías. Este ruido no se oye nunca sin cierta emoción, pues anuncia que el conejo saldrá de un momento á otro de su escondite. En efecto: dominado por el espanto que le causa la sola presencia del

hurón, y aguijoneado también por las mordeduras que desgarran su piel, precipítase fuera de su guarida con la rapidez y fuerza de una bala y emprende la fuga, siendo entonces su carrera tan irregular como cuando huye del perro de muestra, por lo cual es muy difícil tirar sobre él y acertarle. Este género de caza constituiría un verdadero placer si algunos pequeños accidentes no viniesen con frecuencia á interrumpir la diversión, pues no siempre suceden estas cosas tan rápidamente como las he descrito. Unas veces no se les encuentra en sus madrigueras; otras se da con uno

que prefiere dejarse pelar por el hurón antes que exponerse á los tiros del cazador; en algunas ocasiones se oye el conejo que corre por la madriguera y que asoma la nariz por una boca y luego por otra, sin querer salir; y sucede también que, acorralado el animal en su guarida por el hurón, le coge éste por la nuca, se bebe su sangre y queda dormido sobre el cadáver de su víctima.

Cuando se quiere exterminar una colonia de conejos, empléanse á menudo los venenos.



## CAPITULO XXIII

CUENTOS DE CAZA SOBRE LA LIEBRE Y EL CONEJO

I



INSERTAMOS aquí un sabroso cuento de Rafael Comenge que titula:

LA LIEBRE Y LA NORIA  
cuento de mi tierra.

Cuando José, el cazador furtivo, vió que la liebre á que acababa de tirar se le escapaba, se quedó asombrado. Era la primera pieza que huía sin que los perdigones de su escopeta la alcanzasen.

La liebre cogió la senda, y corría, corría con las patas estiradas, el vientre rozando el suelo y las orejas caídas sobre el lomo. ¡Qué velocidad tiene el miedo! Aun no hacía un segundo que salió de este atajo la liebre, y

ya está en lo alto de la vecina loma, junto á aquel algarrobo de verrugoso tronco, esparrancado sobre las piedras y coronado de hojas verdes como esmeraldas.

José no comprendió nunca por qué capricho la liebre, al llegar al algarrobo, se paró de improviso, y alzándose sobre el cuarto trasero, erguidas las orejas, comenzó á llamarle con las patas delanteras.

—¡Aguarda pícaro!—exclamó José poniendo un nuevo cartucho á su escopeta.

—Tira, tira sin miedo,—dijo una voz que se oyó en aquel instante.

José volvió la vista á todas partes, y no vió á nadie. —Tira, tira sin miedo,—dijo de nuevo la voz, y aun lo repitió por tercera vez.

La liebre seguía en pie mirando con una audacia increíble al cazador, que avanzaba silencioso con el arma apercebida.

Sonó un tiro, y la liebre, despues de dar un brinco tremendo, se fué por la falda del monte con la velocidad del rayo, mientras se oía claramente una voz que hendiendo los aires dijo:

—¡Valiente cazador eres, José!

Aquello era demasiado: dos tiros sin acertar era la deshonra para José. ¡Ah! Si el que se burlaba se atreviera á sacar la cabeza, le había de demostrar cuán